

En memoria de Marco Vinicio Rueda,
formador de varias generaciones de antropólogos
e impulsador de la disciplina en Ecuador

Felices Trópicos, Marco Vinicio

Xavier Andrade

Las únicas palabras que guardo hacia Marco Vinicio Rueda son de agradecimiento, como las de centenares de personas de formación completamente diferente y hasta diametralmente opuesta. Para muchos de nosotros, estudiantes universitarios ateos, fue el único sacerdote jesuita al cual cobijamos como a un miembro privilegiado de esa pequeña y exótica cofradía constituida por las y los antropólogos. No solamente por el propio exotismo de alguien quien, como Marco Vinicio -siendo jesuita en una época marcadamente conservadora de la Iglesia en Ecuador y particularmente en las instituciones de enseñanza a su cargo- era, ante todo, un practicante Budista.

Cuando estudiantes gozamos, pues, tanto de su cáustico humor cuanto de enseñanzas derivadas de su inmenso sentido de respeto. Me pregunto ahora si es que sus mensajes podrían interpretarse independientemente de su humor y tolerancia. Así, cuando se celebraron los 25 años del Departamento de Antropología de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador -institución que él mismo ayudara a fundar- buena parte de las generaciones habían pasado por sus clases de Antropología Religiosa y Teoría Etnológica. Marco Vinicio se había preocupado tempranamente de hacer traducir una serie de textos básicos y de componer un catálogo de lecturas mínimas que nos ayudaría a adentrarnos en las selvas de los símbolos. En sus clases, siempre estaba presto a bromear sobre quienes llegábamos atrasados

o no habíamos leído o no habíamos entendido las sutilezas teóricas de los padres de la disciplina. Con ellos, Marco Vinicio compartía la curiosidad sistemática, el interés intelectual y la pasión por entender la multiplicidad de versiones que el mundo depara para distintas sociedades.

Dentro del aula, nunca fui testigo de posiciones moralizantes frente a los otros a pesar de su investidura como sacerdote católico. Todo lo contrario, tomando a carta cabal una postura relativista, dejaba que la diversidad de apropiaciones que la gente hace de lo ritualístico y religioso informara nuestras perspectivas profesional y personal. Lo diferente era, para Marco Vinicio, fuente de aprendizaje, no de juicio. Y, así, de sacerdote pasó a convertirse en antropólogo sin dejar que el respeto a lo diverso fuera nunca sometido a agencias evangelizadoras. En el aula, sus referentes sagrados no estuvieron constituidos por algún Dios en particular sino, siempre, por el panteón de aquellos quienes habían contribuido a desarrollar teorías antropológicas para avanzar en un entendimiento humanista de las sociedades. Fuera de ella, el hombre ejerció, tal vez sus cátedras más importantes.

Nunca, nunca, a pesar de sus años lo vi aquejado visiblemente por malestares, y eso que cuando yo lo conociera hace veinte y más años ya corría la leyenda de que había sobrepasado tres o cuatro infartos. La misma que hablaba del anterior Marco Vinicio, aquél que había sido un cura conservador, intolerante y

autoritario. Parece que la antropología, y concretamente sus estudios en Francia de la mano de Claude Levi-Strauss, lo redimieron definitivamente. Consecuencia lógica de su apertura intelectual parecería ser su inclinación hacia el Budismo, aquella filosofía oriental que gradualmente ha ido cobrando enorme importancia en Occidente desde fines del siglo inmediato pasado. Al contrario de quienes pregonan una apropiación superficial de filosofías espirituales provenientes de Asia, y que las utilizan para engalanar sus sentidos de captación mercantil de lo diverso en la época poscapitalista para rodearse de un aura de espiritualidad que acompañe a sus respectivas codicias, Marco Vinicio guardó sus saberes para quienes desearan iniciarse seriamente en ellos.

Su apostolado fue, en gran parte, el de la enseñanza de la meditación. Y así se lo veía deambular por el campus, donde igual impartía misa y sesiones de zen sin lugar a contradicciones. Espigado y elegante, risueño, emboinado, uniformado siempre con un abrigo negro largo, tan ascético como la bondad de su legado. Tan risueño y listo para ridiculizar de buena manera a cualquiera de sus interlo-

cutores, tan alegre como, estoy seguro, debe haberse alejado cuando pensara en retrospectiva su enorme contribución a aquellos quienes tuvimos la suerte de escucharlo. Sin duda, el mejor premio a sus mayores búsquedas lo empezó a alcanzar en el retiro espiritual de años que guardara disciplinadamente.

Gracias, de corazón, Marco Vinicio, por la bondad de su risa y de su silencio. Y de esa mano larga y amplia que, ondulante, siempre se hallaría presta para saludar a los extraños. Tal vez alguien se lo comentó antes de que pasara a la siguiente vida, que cuando nos reunimos para celebrar los 25 años de Antropología, el momento más sublime de la reunión fue cuando compartimos un documental en proceso sobre su vida y su obra. Ahora ya lo sabe, Padre, el lugar que ocupa en nuestras respectivas memorias, de aquellas que recuperan, ahora, su inefable ironía sobre la propia muerte: cuando quisimos titular un salón bajo su nombre, respondió, entre risas, que eso equivaldría a declararlo muerto. Desde aquellas épocas, todas las aulas de antropología llevan silenciosamente el nombre de Marco Vinicio Rueda.